PRESENCIA

LA SITUACION POLITICA ARGENTINA

Retomamos hoy la publicación de PRESENCIA, que dejó de aparecer el 13 de julio de 1951. Todavía están vivos en los lectores aquellos editoriales en que, número tras número, se analizaban los vicios que carcomían al peronismo. En aquel entonces todavía era dable escribir, bien que con cierta cautela. Pero a mediados del 51 se creó un clima de "calle espesa" que se había de ir espesando cada vez más, hasta culminar en la abortada revolución del 28 de septiembre. Luego, con el decreto de guerra interno, quedó consolidada la coerción.

Nuestra tesis sobre el peronismo no ha variado de entonces a aquí. El peronismo era malo por ser totalitario; pero lo era sobre todo por ser marxista. El peronismo caminaba irremediablemente a la revolución social, o sea a la entrega del gobierno del país a los sindicatos obreros armados. Y en este sentido es sintomático que el número 2 de la Revista del trotzkista Abelardo Ramos, correspondiente al mes de setiembre, apareciera unos días antes de la Revolución del 16 de setiembre con la siguiente gran leyenda en su tapa: *Las milicias obreras armadas: baluarte de la revolución popular argentina.* Y sabido es que Perón estuvo a punto de desatar en el país la revolución social.

Pero Perón, a nuestro entender, no fué repudiable principalmente por su totalitarismo y por su marxismo. Lo fué sobre todo por su encanallamiento sistemático, que le empujaba a usar las mejores banderas para bastardearlo todo y poder así obtener dominación y poderío sobre ruinas físicas y morales. Su programa de justicia social, recuperación económica y soberanía política, con el que galvanizó a las masas desheredadas, fué pretexto para ejercer una infame y canallesca tiranía.

Por fortuna, la revolución militar contra el régimen podrido de Perón se desencadenó como furioso huracán. Las fuerzas de Videla Balaguer y Lonardi en Córdoba y las de Lagos en Cuyo por un lado, y las de la Marina de Guerra, por otro, barrieron en días, mejor dicho en horas, a las fuerzas leales que se les enfrentaron. El frente de Perón se desmoronó en todas partes.

El país, y particularmente el gran Buenos Aires, vivió horas dramáticas. Perón estuvo a punto de desencadenar la huelga revolucionaria, la que habría hecho madurar precipitadamente el virus comunista que encierra el justicialismo. La protección divina libró a nuestra patria, al menos por ahora, de los horrores de sangre y fuego de la revolución social. La revolución militar triunfó plenamente.

Cuyo, Córdoba, Buenos Aires, el país entero celebraron el triunfo. El júbilo desbordó, alcanzando proporciones insospechadas. La Plaza de Mayo se vió inundada por un gentío que rebasaba por todos sus ángulos, entrando profundamente en las avenidas y calles adyacentes. Pero detengámonos a estudiar la sociología del elemento que llenaba la Plaza de Mayo.

La clase media católica

El elemento que inundaba la Plaza de Mayo el 23 de setiembre de 1955 no difería fundamentalmente del que venía actuando en las manifestaciones públicas desde el 8 de diciembre de 1954. Y éste era típicamente diferente del que caracterizaba las concentraciones peronistas, constituído casi en su totalidad por la masa asalariada, con predominio de las extracciones más inferiores.

En homenaje a la verdad hay que reconocer que fué el peronismo quien planteó en nuestro país odiosamente el fenómeno de la lucha de clases, reclutando el grueso de sus adeptos en la masa asalariada, aunque una porción fuerte de clase media, disconforme con los métodos políticos tradicionales, estuvo de su lado. La "contra" típica fué de clase media para arriba. Sabido es que esta "contra", dividida o debilitada en gran parte, no tuvo suficiente fuerza para derrotar a Perón, quien supo reunir en masa compacta a sus adherentes, mientras sector por sector iba golpeando y destruyendo a sus enemigos. Por eso, cuando la lucha se llevó contra la clase media "política", la calle no se movió y Perón obtuvo fácil triunfo.

Recién con la persecución religiosa entra en la lucha política argentina una nueva fuerza que es la clase media católica. Es necesario subrayarlo: se trata de una clase distintivamente media, de la cual un porcentaje apreciable acordó su apoyo implícito y aun, en muchos casos, explícito a Perón. Esta clase media es sociológicamente muy matizada. Hay mucho "barrio norte", con ex alumnos del Champagnat y del Salvador. Pero hay también y principalmente muchos elementos de parroquias populares, como las de la Concepción y de San Cristóbal y aun de los alrededores de Buenos Aires. Componen esta clase empleados, profesionales, universitarios, pequeños y medianos industriales y comerciantes. Entran también en ella elementos seleccionados de los sindicatos. Para decir verdad es ésta una clase que no tiene oportunidad de expresarse políticamente. El partido radical, que lo es sobre todo de clase media, prefiere aferrarse a desusados moldes ideológicos de corte liberal o socialista antes que moldearse sobre la realidad política de un electorado que lo ha votado por no saber a quién votar.

Esta clase media católica es cada día más numerosa y fuerte y ha cobrado conciencia de su fuerza porque ha logrado mover la calle, que estaba inconmovible desde los días de las grandes manifestaciones peronistas. Esta clase media católica que no se sentía interpretada por el radicalismo, mucho menos podía sentirse interpretada por el peronismo. El peronismo estaba inmerso en las preocupaciones obreristas. Y el obrerismo todo lo mide en función de sus problemas de "trabajo" o de la "seguridad del hogar" al que destina el fruto de su trabajo. Esta clase media, en cambio, da por resuelto este problema imprescindible de la seguridad vital. Tiene aspiraciones de cierta libertad y cultura. Sobrepasa en cierto modo el plano de las necesidades económicas y entra en el de la vida civil propiamente tal, con aspiraciones confusas pero reales al gobierno político.

Sin embargo, por el hecho de que esta clase está cerca del plano económico, cuando no está trabajada por ideologías liberales y marxistas puede interpretar la preocupación de Perón por mejorar a las clases menos favorecidas y prestarle su apoyo. Pudo creer que Perón cumplía lealmente un programa necesario de justicia social. Cierto que le quedaba la duda sobre si este programa se cumplía en el sentido de las prescripciones pontificias o de los preceptos de Marx. De aquí que esta clase, cuando se hubo pronunciado en contra o a favor del peronismo, lo haya hecho con reservas.

La duda se debía ir disipando en unos más pronto que en otros. Pero con la persecución religiosa desatada por Perón se disipó del todo. Ella tuvo un efecto inconfundible en esta clase media fluctuante entre el peronismo o el antiperonismo. De un solo golpe la sacó de toda duda posible. Esta clase, a la que no se le puede pedir análisis intelectuales o sociológicos, comprendió que el ataque contra la Iglesia era una definición definitiva del carácter espiritual del peronismo: su "justicia social" era materialista.

El golpe a la Iglesia definió vitalmente la posición efectiva de la clase media católica. Entre una libertad sin seguridad que garantizan los opositores y una seguridad sin libertad que ofrece el peronismo cabe la justa solución de una superación de la seguridad y de la libertad por la prosecución del bien más alto de la vida espiritual del hombre. La lucha de los argentinos salió del plano puramente político en que la había colocado Perón y entró en el plano profundo en que de verdad estaba situada. La Argentina debía seguir siendo católica o debía trocarse en marxista. De nada valió que Perón sostuviera que la lucha no encerraba tal profundidad y que se reducía a una disputa entre algunos "malos curas" y las organizaciones del pueblo. La clase media católica se colocó en una posición definitiva. Ya nadie ni nada podía disuadirla de que entre la verdad católica y el peronismo no era posible ninguna conciliación.

Esto vendría a plantear otro problema y es el de la hondura religiosa de nuestro pueblo en general, y, en particular, el de nuestra clase media. Se habla de la superficialidad de nuestro catolicismo, tan sensible a las exteriorizaciones. Pero queda por determinar si la exteriorización fluye de una realidad vital interior o es un puro mimetismo externo sin base de sustentación. Como ya lo observó en su tiempo aquel gran pensador que fué Juan B. Terán, hace veinticinco o treinta años que se operó en nuestro suelo un auténtico despertar religioso. El Congreso Eucarístico de 1934, las manifestaciones de fe de nuestras ciudades y campaña, la naturalidad con que prendió y arraigó en nuestra escuela primaria y media la enseñanza religiosa son pruebas de que nuestro pueblo es católico y quiere vivir el catolicismo en su vida privada y pública. Y el anhelo flúido que

se percibe en el ambiente de una democracia cristiana, sin saber qué se quiere y cómo se quiere es el modo de expresar que lo que en realidad se quiere es una política cristiana, vale decir, ordenada en el sentido de los valores católicos de vida.

Sería un error pensar que en nuestra clase media esto de política católica es algo así como política de curas. Felizmente no ha sido vano el trabajo de adoctrinamiento religioso realizado en el último cuarto de siglo. Y aunque el sacerdote ha recobrado prestigio sobre todo después que se lo ha visto en todo el país encabezar la movilización general contra el peronismo, no es razón ello, sino por el contrario, para que se confunda la vida católica que es común a los clérigos y a los laicos con una influencia "política" de los clérigos. La clase media no lo sabrá explicar intelectualmente, pero entiende que una política cristiana debe auspiciar las legítimas libertades dentro del bien para reunirse y expresarse; que en el orden de la familia debe favorecer la constitución de hogares de numerosos hijos que puedan ser excelentes ciudadanos de este suelo y del cielo; que en el plano económico debe propender a una armónica distribución de la riqueza para que todas las familias puedan cumplir el destino para el que las puso Dios en la tierra y que en el plano político los ciudadanos deben alcanzar una suma de bienes económicos, culturales y humanos a la par de los pueblos más adelantados. Esta clase intuye la necesidad de una convivencia pacífica de todos los ciudadanos pero en forma tal que la nacionalidad continúe en la línea de la tradición católica de valores en que fué fundada por nuestros próceres.

Para presentar un cuadro completo de nuestra clase media debíamos hacer mención de sus manifiestas carencias, sobre todo, carencias políticas. Por ser una clase típicamente ascendente, que viene del estrato social más inferior, carece de experiencia social, y en particular, de experiencia política, moviéndose con aspiraciones confusas de orden y libertad, que está lejos de atinar a formular. Tiene inquietudes, es generosa, se siente capaz de hacer entregas, pero sin acertar a definir el objetivo y la causa a que entregarse.

Es difícil predecir cómo esta clase se canalizará electoralmente. Si se expresará en los tradicionales partidos políticos que sufrirán un consiguiente remozamiento o si en cambio entrará en nuevos partidos. Sea lo que fuere de ello, se puede dar por cierto que el porvenir inmediato depende de esta clase media católica, cuyo dinamismo irá en rápido aumento.

Pero la multitud de clase media que llenaba la Plaza de Mayo el 23 de setiembre estaba constituída por elemento ambivalente. Tomando un tipo medio de ese elemento podía uno emprender una dirección superior hasta llegar a las clases típicamente altas o podía descender hasta llegar a las bajas. De que predomine una u otra operación en la vida política argentina depende, creemos, la suerte y el destino del país. Por eso, quédanos por estudiar la sociología de la otra mitad del país que no estaba en Plaza de Mayo el 23 de setiembre y que, en cambio, con espíritu agresivo se encontraba detrás de los puentes del Riachuelo en el Gran Buenos Aires.

Sociología de las masas asalariadas

No hay que titubear en reconocer que la clase trabajadora argentina ha dado un gran salto en su progreso social. No sólo porque ha conseguido mejorar efectivamente su bienestar económico-social sino sobre todo porque ha tomado conciencia de su propia iniciativa para la solución de sus problemas y aun de su poderío y limitaciones en este mismo aspecto. El peronismo ha significado un elemento activo poderoso en este incremento de nuestras masas sociales. Se podrá, es cierto, discutir el sentido y la eficacia de este mejoramiento y reconocer que él se ha cumplido en el camino del marxismo y que, por lo mismo, a la larga, llevaba a la esclavitud socialista y a la ruina del país. Pero lo que no puede ser negado es el cambio fundamental de nuestra masa trabajadora, que de la noche a la mañana se convirtió de cenicienta de nuestra política en su elemento rector.

Pero aunque nuestra masa trabajadora se haya beneficiado con el peronismo, deberá reconocer que ha sido utilizada por éste. El mejoramiento de la masa trabajadora ha sido puramente extrínseco y gratuito. Se ha hecho a base de dádivas para que diera en cambio el apoyo a las medidas políticas de un dictador. El sindicalismo de la masa obrera no ha sido instrumento de educación ni en el plano económico ni en el plano político. No se trata de quitarle ahora a la masa obrera las conquistas logradas con el peronismo. Pero sí de que la masa obrera entienda que estas conquistas sólo valen en un régimen de libertades efectivas. Y éste, a su vez, se logra por la fuerza de una organización capaz de mantener por sí misma los propios derechos. Y esta fuerza que es sobre todo una fuerza moral es fruto del progreso educativo moral de la masa trabajadora. Hay el peligro de que las conquistas sociales, que se han grabado en los trabajadores con caracteres indesarraigables, hayan sido engullidas como un sólido sin sufrir antes indispensables transformaciones. Es menester que ahora estas conquistas se consoliden en un régimen de libertades efectivas y con el consentimiento de toda la comunidad del país.

No hay sindicalismo puro, porque aunque éste debe desenvolverse en el ámbito de lo social-económico, tiene derivaciones inevitables en lo político, y aun en el plano específicamente económico debe mantener su coexistencia con otros grupos sociales, y, en especial, con el de los empresarios. El sindicalismo es una lucha por mejoras económico-sociales, las que se miden en función de un módulo de vida. El sindicalismo se orienta hacia una concepción marxista de la vida o hacia una concepción cristiana. Como lo advertimos ya, el sindicalismo peronista se ha deslizado hacia una concepción marxista.

Felizmente, este marxismo ha virtualmente fracasado. No ha logrado introducir el *milicianismo* en nuestras masas obreras. No por falta de valor, como sostiene la burguesía argentina, sino por falta de sentido. En nuestros obreros no ha arraigado el marxismo porque éste es una ideología y nuestros obreros quieren realidades humanas y no ideologías. En realidad, nuestras masas trabajadoras son de buena salud moral y ésta constituye su mejor defensa.

Es importante subrayar estos puntos porque de la política que practiquen los otros grupos sociales y políticos depende el futuro político del país. Nuestra masa trabajadora debe ser estimada y valorada. No es de gran cultura pero es sana física y moralmente y es sana y segura en sus apreciaciones instintivas. Quiere paz social. Quiere ascender socialmente. Tiene conciencia de sus derechos económico-sociales. No tiene por ahora ambiciones políticas. No está maleada por ideologías. Se siente impulsada en un sentido nacional.

División entre la clase media católica y la masa asalariada

Así como la clase media católica, en general, estuvo contra el peronismo y está ahora con la revolución triunfante, la masa asalariada estuvo con el peronismo y está ahora contra la revolución militar. Perón significa para la clase trabajadora el realizador y sostenedor de sus conquistas sociales. En realidad, es el único gobernante que ha visto la significación de las masas trabajadoras en la política, y ha tratado de sacarle provecho. No se podría decir que la masa asalariada acepta el peronismo como ideología marxista pero lo acepta de hecho a Perón como el realizador de mejoras sociales.

Esta actitud crea una grave situación en la posición religiosa de la masa asalariada. Hasta antes del 16 de junio ésta no acompañaba a Perón en su ataque a la Iglesia. Mantenía más bien una actitud expectante. Diríase que se sentía inclinada a mirar benévolamente a los católicos y a considerarlos arbitrariamente perseguidos. Pero después del 16 de junio esta situación ha sufrido un cambio fundamental. Sea por la propaganda sectaria de la prensa peronista, sea por la lógica endiablada como se han presentado los hechos, ha surgido la idea en los medios muy populares de la responsabilidad del clero en el golpe revolucionario del 16 de junio y, consiguientemente, en la matanza de obreros en Plaza de Mayo.

El hecho es que entre el sector obrerista que acompaña al peronis-

DESVARIOS

La Vanguardia está fuera de sí. Parece que la Revolución libertadora estuviera hecha por ellos y para ellos, exclusiva o principalmente. En su número del 3 de noviembre ataca la pastoral de los obispos del 21 de octubre del corriente año como que habría venido a "definirse en favor de la corriente clerical fascista, más [que] por lo que dice a su favor, por la condena de las corrientes democráticas". Y en el artículo editorial del mismo número exige de los católicos nacionalistas que "de vuelta del fascismo deben formular declaraciones categóricas de su nueva posición política y mental". Y añade: "La definición no debe dejar lugar a dudas y, por consiguiente, debe abarcar precisiones ineludibles de que se rechaza el sistema e ideología totalitarios, se aceptan los principios democráticos, se reconoce el régimen de los partidos políticos y se adopta la filosofía de los derechos del hombre, o sea, la filosofía del liberalismo humano y político".

La opción que los socialistas nos ofrecen a los católicos es terminante: Aceptan ustedes, nos dicen, el planteo del "liberalismo", o el planteo "totalitario". Pero si no quieren aceptar el "liberal" no les queda otro que el "totalitario".

Pero a los católicos, no nos asusta el dilema de Ghioldi y le contestamos: Nos negamos a aceptar el planteo liberal precisamente porque no queremos ningún totalitarismo. Nosotros no ponemos por encima de la ciudad la Libertad o el Trabajo sino el nombre del *Dios Vivo*. Ustedes, en cambio, los socialistas que rechazan a Dios y admiten el liberalismo, trabajan para el totalitarismo.

En efecto, ¿qué enseña la filosofía de los derechos del hombre o la filosofía del liberalismo, que ustedes invocan? Es ésta la filosofía de los enciclopedistas del siglo XVIII que, después de rechazar al Dios de la Revelación cristiana, erigían, como a suprema Verdad, la Libertad. El hombre y los pueblos, sostenían, están hechos para la libertad. Esta filosofía triunfa con la Revolución francesa, substituye los derechos de Dios por los derechos del Hombre y pervive en el liberalismo del siglo XIX. En nombre de la Libertad y de los derechos del Hombre, se desliga al hombre de vínculos que lo protegían: del *religioso* que lo une con Dios, su Salvador; del *familiar*, que une indisolublemente a los esposos entre sí y a los padres con sus hijos; del *económico*, que vincula a los obreros entre sí y con sus patronos; del *político*, que relaciona a los gobernados con sus gobernantes. La sociedad, en lugar de ser una ayuda, se convierte en una lucha, lucha despiadada por la libertad, como la de las bestias en la selva, donde las más fuertes devoran a las débiles.

El hombre pierde su dignidad real y se convierte en átomo y los pueblos se masifican. Y como, siguiendo a Pío XII, recuerdan los Obispos en su reciente pastoral del 3 de noviembre último, "el hombre-masa" [que] "espera el impulso de afuera", se hace "juguete fá-

mo y la clase media católica que lo combatió, se ha abierto una profunda fosa de división. Puédese considerar a uno y otro bloque, globalmente considerados, en campos antagónicos. Uno y otro bando se hallan ubicados en campos distintos e inconfundibles. El 23 de setiembre, después de contemplar la Plaza de Mayo, no había sino que cruzar el Riachuelo para tener idea exacta de cuáles eran estos campos, quién constituía cada uno, en qué sentimientos recíprocos se encontraban.

La figura y el discurso de Lonardi

La protección singular de la Virgen, que ha hecho el milagro del triunfo militar, va haciendo posible la marcha de la reorganización del país. Un militar limpio, austero, prudente y sereno maneja el gobernalle del Estado. Y en el acto del juramento ha dicho a la multitud reunida en Plaza de Mayo: "Yo tengo la convicción de que, aun siendo muy pequeños, hemos hecho una gran acción y que ello muestra el designio de Dios de prestarnos especial ayuda".

El programa de gobierno del general Lonardi, prudente y juicioso, después de resumirlo en dos palabras, *Imperio del derecho*, incluye un punto capital para la unión de los argentinos. Helo aquí:

"Ya he dicho en Córdoba que "los sindicatos serán libres y las "legítimas conquistas de los trabajadores serán mantenidas y superadas. Tanto como la de mis compañeros de armas, deseo la colaboración de los obreros y me atrevo a pedirles que acudan a mí con "la misma confianza que lo hacían "con el gobierno anterior. Buscarán "en vano al demagogo, pero tengan "la seguridad de que siempre encontrarán un padre o un hermano".

Superación de la división del país

La realidad es que el país está profundamente dividido. Y el problema —pavoroso— es que esa división tiende a ser cada vez más profunda. ¿Cuál debe ser la actitud fundamental a adoptar para que las diferencias se allanen y desaparezca, en lo posible, toda división? Entendemos que está en reconocer como hecho fundamental que el peronismo no ha pasado en vano en el país y que junto a mucho malo ha realizado muchas cosas buenas. Lo malo debe ser expulsado pero lo bueno debe ser mantenido y superado.

¿Qué es lo que se debe mantener de la década peronista? Lo diremos sin titubeos. La realidad que se oculta o que se debe encerrar bajo la triple bandera, que enarboló el peronismo, de justicia social, recuperación económica y soberanía política, junto con la enseñanza religiosa. Hay una cosa real y es que el peronismo ha acertado en levantar el nivel económico de las clases asalariadas. Ello se debe mantener y acrecentar. Por de pronto corrigiendo el método con que lo ha alcanzado, es decir a costa de la clase media que ha sido visiblemente perjudicada. En su oportunidad estudiaremos el Plan Prebisch. Pero desde ya podemos decir que se debe promover una economía expansiva estimulando un acrecentamiento de todas las clases sociales, en especial de las más desheredadas. Esta es la única base sólida de asegurar la paz social. El ejemplo americano de gran producción redistribuída armoniosamente en todas las clases sociales de la población puede ser magníficamente practicado entre nosotros. Nada de que unas clases o grupos se enriquezcan a costa de otras clases o grupos. Una economía de alto consumo de todos los sectores de la población respaldada por un alto aparato productor de bienes agropecuarios e industriales que sostenga ese consumo. Porque producción y consumo, en definitiva, se igualan y se conjugan.

En segundo lugar, recuperación económica. Por recuperación económica entendemos una economía nuestra, manejada por nosotros, que podrá y deberá negociar con el extranjero, hacer concesiones y contraer empréstitos, si fueren necesarios y convenientes, pero todo ello en forma tal que el manejo de las riquezas del país esté en manos de las fuerzas económicas de la nación. El Río de la Plata no puede constituir ya tierra de disputas para intereses ingleses o americanos. Tiene su propietario natural que se halla en condiciones de un pleno ejercicio de sus derechos de dominio. Una economía de recuperación plena, sin xenofobias, puede conjugarse con un vasto programa de justicia social.

La soberanía política importará una nación con destino en el concierto de pueblos de América y del mundo, no precisamente en tercera posición, sino en posición rectora, marcando rumbos, dentro del área occidental de naciones, consciente de que lo fundamental para la vida nacional e internacional es una definición frente a los altos valores del Espíritu.

Por ello, en esta hora de crisis del mundo, implica una elocuente definición la enseñanza religiosa en las escuelas, con tolerancia para las conciencias; si la clase alta y media argentina *busca y paga* para sus hijos la enseñanza y educación religiosa en establecimientos privados, no es justo dar una enseñanza inferior, despojada de sentido religioso a las familias obreras y populares. La experiencia de los años de educación religiosa en las escuelas demuestra su fuerte poder educativo porque fué esa inculcación de los principios cristianos lo que determinó luego la reacción contra el tirano cuando éste arbitrariamente persiguió a la religión.

Además la definición religiosa le da sentido a la vida toda del país. Por encima del trabajo —marxismo—, o de la libertad —liberalismo— erige un valor más alto, verdaderamente digno de ser servido. Sólo los que erigen a Dios por Señor de sus vidas están en condiciones de neutralizar eficazmente al marxismo del peronismo y al liberalismo que engendró ese marxismo.

Este programa cuádruple debe ser cumplido dentro de un régimen de libertades públicas que impida entre otras cosas la corrupción administrativa y el enriquecimiento ilícito de los funcionarios. Pero lo importante, lo perentorio es no volver a antes del 4 de junio de 1943, como desean los partidos políticos, grupos liberales que quisieran retrotraer el país a 1853, y los socialistas a lo Américo Ghioldi. Bajo este aspecto, denunciamos severamente el grave peligro en que se halla la Revolución militar y el gobierno provisional, que por carecer de programa definido está siendo torpedeado por fuerzas parciales interesadas, que parecen carecer de noción del bien común; fuerzas liberales, en especial de izquierda, socialistas y comunistas que se han lanzado a la conquista del país como si estuviera vacante. Ya asoma el peligro de la *partidocracia*, en que cada partido, sin visión de la unidad nacional, se reparte al país y quiere manejarlo en todo o en parte como si fuera un feudo que le hubiera tocado en propiedad. No sabemos si este régimen es preferible al peronista. Porque si el peronismo manejaba al país discrecionalmente, los partidos políticos, al pretender manejarlo como propio, añaden la anarquía al uso discrecional de lo que debe ser bien común de todos los ciudadanos.

Pero volvamos al problema central: El país está profundamente dividido y su división más profunda la constituye el hecho de que de un lado se halla su clase media y, del otro, su clase obrera. ¿Qué se ha de hacer? ¿Qué se ha de hacer incluso para que no se repita el fenómeno peronista y ya bajo signo comunista? No faltan quienes creen que el problema se soluciona con balas. Y lo curioso es que quienes se enardecían de indignación por el despliegue de represión policial contra el barrio norte y la oligarquía aceptan como solución expeditiva e ideal el ametrallar obreros. Otros no piensan recurrir a esas soluciones pero consideran que los obreros y los barrios populares son de calidad inferior, formada por subhombres que, de una u otra manera, hay que tener sometidos. Felizmente, sobre todo en la clase media católica predomina un sentido más humano. Hay que realizar una gran empresa —de justicia y caridad— para levantar el bienestar económico, cultural, religioso y político de las clases más desheredadas de nuestra patria: *Abolición del proletariado industrial y rural*. La base de esta campaña debe ser una economía de bienestar popular como propiciamos anteriormente. Ello determinará un levantamiento del nivel social que será base de un progreso cultural, religioso y político. Sólo así el peronismo será vencido profunda y radicalmente en nuestro país. Pero esta empresa sólo la pueden llevar a cabo la clase media católica con la clase obrera.

PRESENCIA

SOCIALISTAS

cil en las manos de un cualquiera que explota sus instintos o impresiones, dispuestos a seguir, cada vez, una, hoy esta, mañana aquella otra bandera".

Y esta bandera es, en definitiva, el Estado que se erige en Dios, llámese Dios-Nación, Dios-Estado, Dios-Raza, Dios-Trabajo, Dios-Democracia, Dios-Dinero, Dios-Libertad o Dios - mitad-Libertad - mitad-Trabajo como el de nuestros socialistas.

Los Teólogos vienen enseñando, desde el siglo pasado, que un Estado que se desliga de Dios y de la Religión Verdadera, se priva de la fuente del derecho, que une a gobernados y a gobernantes, y debe apoyarse en la pura fuerza material. (Mateo Liberatore, *La Iglesia y el Estado*, Buenos Aires 1946, pág. 175). Y el gran teólogo Billot advertía hace ya cuarenta años que "es patente por lo tanto que la obra del liberalismo está en la disolución de todos los órganos sociales. Así como los órganos del cuerpo físico no son moléculas y átomos sino miembros y articulaciones, así los órganos del cuerpo social no son individuos sino la familia, la corporación y la ciudad: a las que si al mismo tiempo se las supone desarticuladas en su propio organismo, es necesario que *ipso facto* perezcan completamente todas las reales libertades. La razón es evidente porque sobre las mónadas disgregadas y disociadas que trae el liberalismo nada puede quedar sino aquel inmenso Estado omnívoro que, destruída toda organización y autonomía inferior, absorbe en sí toda fuerza, toda potestad, todo derecho, toda autoridad, y se convierte en el único administrador, procurador, institutor, preceptor, educador y tutor, hasta quedar como único propietario y posesor. ¿Y qué otra cosa significa esto sino una monstruosa servidumbre?".

La clarividencia de aquellos teólogos ha sido ratificada por los modernos estados totalitarios, a quienes les prepararon el camino el liberalismo puro y el socialismo libertario. Cuando se abate el nombre de Dios en una sociedad, queda ella entregada a la voluntad despótica del hombre. Por eso nosotros los católicos no admitimos ninguna sociedad política que no ponga en su cúspide el nombre de Dios. Y no un Dios vago sino al único Dios, al Dios Vivo que habló y se manifestó en Jesucristo y que continúa actuante en la Iglesia de Roma. Luego, pero en dependencia de Dios, admitimos la libertad y la democracia. Libertad sí, pero en la medida en que lo consienten los derechos de Dios que regulan el bien efectivo del hombres. Democracia sí, pero con las limitaciones del bien común, suprema ley de la ciudad; bien común que, en definitiva, es imagen y resplandor del bien inconmutable y divino. Por esto, la Pastoral no condena la democracia. A lo más condena cierta democracia que no se ajusta a la jerarquía de valores que sustenta la Iglesia. Condena cierta democracia de católicos que no es católica sino liberal y socialista. Por algo la prohijan los socialistas.

PRESENCIA

HOGAR Y ESCUELA CRISTIANOS

De nuevo, en estos últimos tiempos, han aparecido en el panorama de la política nacional, problemas que son un *leit motiv* casi permanente de la vida institucional argentina. Esa espinosísima e intransitable materia intermedia de competencia entre la Iglesia y el Estado que se concentra en dos focos primordiales, familia y educación, ha sido sacada de su quicio, no hace mucho, por la mano impaciente e innovadora del ex-presidente que, a fines del pasado año, intranquilo por los efectos electorales de la pesada "pax peroniana" que caracterizó el período que corre de la mitad del año 53 a la mitad del 54; quiso jugar la carta brava en que arriesgándolo todo podía también ganarlo todo.

Conocemos hoy las consecuencias que le acarrearon esos *jeux interdits;* obtuvieron respuestas tan poco alentadoras como un 8 de diciembre, un 7 de abril, un 11 de junio, un 16 de junio, un 16 de setiembre, una larga serie de pastorales, sermones, panfletos y algunas cartas abiertas de feliz memoria.

Sin embargo, a pesar del epílogo de la política peronista, el río ha quedado revuelto y los pescadores se aprestan para una competencia que puede ser ruda. Ya se insinúa en las palabras del dirigente socialista don Américo Ghioldi en el acto de homenaje a Sarmiento, por las que exhorta a los católicos a no replantear el problema religioso, purgando su culpa de haber apoyado al ex-dictador; y se insinúa también en los estribillos predominantes de la importante concentración católica de recepción a los Monseñores Tato y Novoa el domingo 23 de octubre pasado, en la que como siempre se siguió reclamando una Argentina católica, la reimplantación de la enseñanza religiosa y la derogación del divorcio.

Ante tales hechos no es posible rehuir el problema. Si bien es cierto que el gobierno revolucionario debe enfrentar otros muchos de no menor envergadura; el que nos ocupa debe trascender el plano de ansiosa espectación en que, hasta hoy, se encuentra colocado, para merecer el planteo explícito y serio por parte de la opinión pública y la solución equitativa por parte del gobierno. Es necesario reconocer con lealtad que ninguna de las inquietudes cívicas que suscitó la política totalitaria del gobierno anterior, pudo con él; hasta el momento en que fueron lesionados los sentimientos religiosos de la grey católica. El hecho merece encontrar una explicación ya que ella puede ser indicadora del camino a seguir.

En primer lugar denota que en el espíritu del pueblo argentino la doctrina católica heredada de los mayores y con 5 siglos de vigencia se encuentra arraigada con harto mayor radicalidad que la doctrina liberal y laicista de no más de un siglo de existencia. La parte menos advertida de nuestro pueblo no se sintió agraviada por la sistemática supresión de libertades de los primeros años del peronismo porque creyó que esas libertades que se le cercenaban eran aquéllas que predicaron nuestros políticos liberales a las cuales no prestaba sincera adhesión, porque el fundamento en que éstos las asentaban era relativo y falto de solidez. Es cierto que se erró en el enfoque y cierta la enormidad institucional del cercenamiento, pero fué sana la intuición y la intención del pueblo. A ese pueblo, y desde estas mismas columnas se advirtió que la absorbente política estatista del peronismo destruía algo más que la nuda tesis liberal y laicista cuya superación era un hecho querido por casi todos; destruía el fundamento mismo de todas las libertades, la verdad.

Cuando desde la Casa Rosada se atacó a la verdad, ¡y a las verdades más sustanciales!, se rasgó el velo del templo y ya nadie pudo llamarse a engaño. Se comprendió en una experiencia vivida en carne y en sangre la vieja palabra evangélica de que sólo la verdad hace libres. Junto con la tesis justicialista cayó también, nuevamente, la tesis liberal y laicista negadora del fundamento de verdad. Por eso el día de hoy no debe ser solamente el del reencuentro con la libertad; aún antes que esto, debe ser el del reencuentro con la verdad. En este sentido primordial no se puede volver a 1943.

Es un hecho inconcuso, que, en el aspecto que nos ocupa (enseñanza religiosa y divorcio) el peronismo, cuando se sacó la careta y libre de consideraciones electoralistas comenzó a aplicar estrictamente su posición doctrinaria, vino a coincidir con la postura de los políticos liberales. En este sentido fueron pintorescos los malabarismos parlamentarios que debió hacer en su oportunidad la bancada opositora para mantener sus principios "progresistas" sin renegar de la masa católica que en ese momento representaba una codiciada presa electoral.

La relación de paternidad y filiación entre las políticas anterior y posterior a 1943, reproduce en pequeño una idéntica relación entre "democracias liberales" y "democracias populares". El paso de unas a otras tiene una cierta inevitabilidad lógica: una libertad que ha perdido su fundamento de verdad se desmorona fácilmente y cae; las masas, víctimas de la demagogia, abominan de libertad y verdad. El *tour de force* efectuado por nuestro pueblo en lo que va del año 55 ha resultado por ello inusitado, al tiempo que expresivo de una poderosa vitalidad nacional. En lenguaje de Toynbee, la respuesta a la incitación de la persecución religiosa dada por la nación, es un signo de las perspectivas de crecimiento de la sociedad argentina, pues ha corroborado su sana adhesión al fundamento mismo de la libertad más que a la libertad en sí. Sin embargo, la efectividad o fracaso de este *tour de force*, depende de que se conserve o se pierda durante la acción postrevolucionaria, el espíritu que animó la revolución.

Obsérvese simplemente a título de actualísima ejemplificación de la riqueza del hogar y de la escuela cristianos, quiénes fueron principalmente los que, venciendo el miedo del aparato estatal, salieron a una calle desierta durante 10 años, quiénes los que destruyeron el sistema de engaño de la prensa oficial con la multiplicación de los panfletos; quiénes los que vencieron el odioso espionaje en las filas de las fuerzas armadas estableciendo los contactos entre los marinos, los militares y los jefes de la aviación; quiénes en fin los que lucharon por las calles de Córdoba. Fueron principalmente los padres y madres de hogares acendradamente cristianos, fueron los estudiantes de colegios religiosos y los militares, universitarios y profesionales ex-alumnos de esos mismos colegios.

El hogar y la escuela cristianos en nuestra tierra, amasaron durante mucho tiempo esa pasta de dignidad y decencia que no se rebeló sino cuando fueron atacados directamente. Y es que mientras el peronismo los respetó no existía un peligro grave. Podía suceder que se vulneraran injustamente algunas libertades más externas y aparentes, pero la sociedad nacional conservaría sus reservas naturales durante el tiempo en que el hogar y la escuela mantuvieran su libertad de acción. La cuestión de la caída de la dictadura era sólo cuestión de inercia. Cuando el peronismo advirtió el problema comenzó a castigarlos. No fué una actitud impolítica, como se dijo entonces, fué una actitud que el peronismo no podía evitar si aspiraba a la subsistencia. Los principios cristianos vividos en el seno de hogares en los que la unión indisoluble de los padres era vínculo sagrado y predicados en la escuela por voluntad casi unánime de esos mismos padres constituían el jaque permanente a la actividad monopolizadora del gobierno y la mejor garantía de una libertad radicada en lo más íntimo. El peronismo intentó destruirlos porque no tenía otra alternativa si no quería destruirse a sí mismo.

Han de sernos suficientes estas consideraciones para ponernos alerta contra las reincidencias. Las voces que en 1883 se elevaron en la prensa y en el Parlamento contra las nefastas consecuencias de la escuela sin Dios y del hogar descristianizado que postulaba la corriente liberal y laicista de Roca y Wilde, y cuya evocación no es posible omitir, han resultado históricamente proféticas. Las generaciones educadas en ese sistema fueron las mismas que se rebelaron contra él y, presas de la demagogia, condujeron al país a la encrucijada de esta triste década. Sólo la reserva espiritual representada por quienes siguieron viviendo al calor de la familia y de la escuela cristianos, pudo impedir con eficacia decisiva los abusos de poder.

Sin embargo no faltan los que hoy, con ligereza que asombra y desalienta, quieren menospreciar esta rudísima experiencia. Postulan el retorno a la ley 1420 para que se pueda seguir ocultando al niño la verdad básica, hiperdesarrollándole los elementos menos importantes de su espíritu y negándole los más sublimes, de tal modo que se entere de la existencia del principio de Arquímedes y no de la existencia de Dios. Y con un espíritu antidemocrático que pasma inician una conspiración de *silencio* en torno a una ley de divorcio sancionada entre gallos y medianoche (en el sentido literal de la expresión) con el mezquino cálculo de que la opinión se olvide de que existe.

Tal actitud, de ser asumida por

ADONDE VA

La situación política del país se caracteriza por su extrema fluidez, con indudables ventajas tácticas para los liberales, sobre todo de izquierda, que están en vías de dominar las universidades, la justicia y los diarios, y tratan de interferir la acción sindical y la política económica del país. Esto ha suscitado, notoriamente, una fuerte reacción católica y nacionalista, que viene a agregarse al multitudinario malestar de la masa peronista. A su vez, el previsible triunfo, salvo patriótico fraude, de los peronistas o neoperonistas en las próximas elecciones de la C.G.T., exacerbará la presión que los grupos liberales ejercen sobre el gobierno. Asistimos, pues, a la progresiva división del país en dos grupos antagónicos.

Uno es el que tienden a formar los diversos sectores del nacionalismo, forjismo y laborismo, que agrupa incluso a muchos elementos que han participado activamente en la revolución, principalmente por motivos religiosos, pero que, tanto en virtud de principios tradicionales como de una fuerte conciencia de lo social, podrían reeditar un neoperonismo nacionalista, más bien en la línea del año 1946. Acecha en este sector, en razón tanto de la mentalidad antiimperialista de muchos de sus componentes cuanto de la posible infiltración trotzkista, un notorio peligro de deslizamiento hacia el marxismo. El grueso de su virtual clientela política está constituido por el proletariado y la clase media modesta.

Del otro lado vemos alzarse el conglomerado de fuerzas típicamente "contreras", con predominio de los liberales, vale decir, aproximadamente la misma composición de fuerzas que se opuso a la revolución en su conjunto, y no sólo a Perón, en el mencionado año 1946: la llamada Unión Democrática. Los núcleos numéricamente más importantes de este sector ponen el acento sobre todo en la libertad, y son notoriamente laicistas. A través de ese laicismo izquierdista, de raigambre masónica, han de procurar el mantenimiento de la legislación divorcista y antirreligiosa de los últimos tiempos. Por la vía de la *apertura a sinistra*, este conglomerado político corre el riesgo de deslizarse,

quienes tienen hoy la responsabilidad del Gobierno, acarrearía nuevas y gravísimas deformaciones del alma argentina al ir cegando las fuentes mismas de la libertad por la negación de la verdad, su fundamento radical; y además prepararía el camino a nuevas dictaduras y sistemas totalitarios ajenos a nuestras mejores tradiciones.

La prudencia política de las nuevas autoridades y la de las que constitucionalmente les sucedan nos dirá si los argentinos han sabido asimilar la experiencia de la última década.

CARLOS ALBERTO QUINTERNO

LA LANCHA

a su vez, hacia el cauce marxista, no obstante reclutar su clientela, sociológicamente hablando, de clase media para arriba.

Ambos grupos, todavía informes, con mucha probabilidad han de ir aglutinándose precisamente como reacción ante las actitudes que adopten sus adversarios, y ante las posiciones que unos u otros logren adquirir en las distintas esferas de gobierno.

Espectador, árbitro y víctima a la vez de esta lucha por el poder, el gobierno no parece atinar por ahora con la solución, que no puede ser otra que un gobierno de unión nacional, fundado en la tradición histórica del país, en *toda* la tradición de cuatrocientos años de historia, incluso los más recientes, y no en la de los noventa años de liberalismo que van del 53 al 43. Sólo así, dando reglas de juego que todos puedan respetar porque a todos amparan, se librará el país de una imprevisible secuela de revoluciones y golpes de estado. Sólo así será provechosa la experiencia de los nacionalistas, que han aprendido con sangre el peligro del totalitarismo, y la de los liberales, que han sufrido en carne propia los resultados de la democracia integral. Un gobierno de unidad nacional fundado en tales supuestos podría llegar a cristalizar en un sistema bipartidario, favorecido por la paridad de fuerzas entre ambos núcleos, visible tanto en las elecciones del 24 de febrero de 1946, antes del auge peronista, como en las del 25 de abril de 1954, cuando ese auge terminaba. Del buen sentido de unos y otros, y sobre todo del gobierno, cabría así esperar el restablecimiento de formas republicanas. En el respeto de éstas, la indudable gravitación que tendrían las organizaciones obreras y patronales configurarían, por primera vez en el mundo moderno, la posibilidad de inéditas modalidades profesionales libremente estructuradas y consentidas también libremente.

Pero este panorama por ahora sigue siendo sólo un sueño, del que podemos despertar mañana, si Dios, el gobierno y los argentinos todos no lo remedian, en medio del terror y la sangre de una tiranía comunista.

AUGUSTO FALCIOLA

LA PANACEA DE NUESTRO TIEMPO

"Une bonne soupe bien épaisse, entre amis, il n'y a rien de meilleur".

PIERRE LECOMTE
Profesor en la Sorbona

En nuestro país comienza a hablarse con gran viveza de "Democracia Cristiana". Lo importante es que ésta sea bien encarada. Porque una cosa es un régimen democrático orientado hacia el bien común y hacia los valores sobrenaturales del cristianismo, y otra, muy diversa, un régimen que, so pretexto del ideario democrático, abra las puertas a los resentimientos sociales de izquierda. Para prevenirnos de tales peligros publicamos esta colaboración. (N. de la D.).

Eran tres, y quedan dos. Ya que, en verdad, nadie llamará democracia cristiana —por lo menos en el sentido casi diríamos clásico que esta expresión ha ido asumiendo en los últimos tiempos— a la agrupación que, bajo la guía del doctor Adenauer, ha arrancado a la nación alemana del caos en que se había hundido, llevándola a una prosperidad económica y a una paz social que bien pueden envidiarle las repúblicas de los Sres. Gronchi y Coty. Quedan, pues, dos democracias cristianas, la francesa y la italiana. La primera, ya de vuelta de muchas ilusiones; la segunda, tan llena de apetito como en los días gloriosos del Comité de Liberación Nacional. Pero hay esperanzas de que surjan otras.

En razón de numerosos factores prácticos y teóricos, la Democracia Cristiana italiana —la de De Gaspero, de Scelba y, sobre todo, de Fanfani— es la que merece retener más preferentemente nuestra atención. En primer lugar, su largo ejercicio del poder, al permitirle realizar todas las experiencias (menos una que está esbozándose) implícitas en su misma textura heterogénea —y en su falta absoluta de principios doctrinales— nos autoriza a sacar una serie de conclusiones ya bien definidas que el M. R. P. de los Sres. Georges Bidault, Maurice Schumann y Henri Teitgen no ayudaría a extender. En segundo lugar, el que, entre todas las D. C., la italiana sea la única que se haya mantenido tantos años seguidos en el poder, nos permite opinar que, de presentarse en otras regiones del mundo circunstancias que parezcan justificar la creación de nuevos partidos demócratas cristianos, los católicos de estas regiones encargados de la operación irían a buscar sus precedentes y sus ejemplos —a través de un maritainismo de puro pretexto— no en París ni en Bonn, sino en la Piazza del Gesù, que aboga por soluciones inspiradas en el susodicho maritainismo tal como "precipita" en la cabeza de los profesores Fanfani y La Pira. Soluciones que excluyen el enfoque puramente político de los problemas, sea cual sea la naturaleza de éstos, en beneficio del imperativo moral que se alimenta en lo que esos profundos pensadores llaman "instancias sociales".

Una observación para empezar: la D. C. italiana, resucitada en 1944 sobre las ruinas y los recuerdos sin gloria del que fué el Partido Popular de Don Sturzo, es el efecto, no de una necesidad política evidente por sí sola, sino de un fenómeno psicológico, difícil de definir solamente en apariencia. Fenómeno que, en verdad, surge de cuerpo entero del desconcierto y del miedo provocados en muchos sectores sociales de la península por el vacío dejado por la caída del fascismo y por la aparición de una amplia corriente que tendía a enfrentar los problemas de aquel momento —y del porvenir— con el propósito de subvertir el orden social existente.

Recordarlo sirve para descubrir el pecado original de la D. C.: lejos de fundarse en supuestos políticos autónomos y abiertos, a la vez, a la necesaria reconciliación nacional, la agrupación del señor De Gasperi tendió esencialmente: 1) a abogar por una reconducción permanente de la alianza de los tiempos de la resistencia con los partidos de los señores Nenni y Togliatti y, tomando parte con dichos "aliados" en una puja demagógica igualmente permanente en materia económica y social, a adoptar sus tendencias furiosamente dirigistas en el campo de la agricultura y de la industria, cerrando los ojos ante la agitación social orquestada por ellos y dejándoles conquistar todas las llaves de la vida sindical; 2) a seguir proclamando la eterna vigencia del llamado "espíritu de la resistencia", con el resultado de dar aquí también carácter permanente a la escisión de la mal llamada comunidad nacional en dos bloques definitivamente irreconciliables: a) el bloque "resistencialista" (que los italianos llaman *ciellenistico*, de C. L. N. "Comité de Liberación Nacional") —con us filiales democristiana, liberal, republicana, socialdemócrata, socialista y comunista —que ocupa todos los accesos del poder y, por de pronto, es el único beneficiario de las ventajas de todo orden que un Estado-Providencia moderno puede dispensar, del control sobre la prensa, la radiodifusión, el cine y las direcciones ministeriales al "pase" de un maestro de escuela —cuyos familiares "votan bien"— de Bisacquino a Palermo y de Palermo a Roma, sin olvidar ciertas franquicias de índole jubilatoria, fiscal y aduanera que hacen de la actual vida social italiana algo tan singularmente parecido a la Francia del Directorio o a la que, más recientemente, se ilustró con la especulación sobre la piastra indochina; b) el bloque que llamaremos de los "intocables" porque, en él, entran de plano, por virtud del tácito derecho usual resistencialista, todos aquellos grupos e individuos que no comulgan en el "ideal C. L. N." y no se sienten dispuestos a considerar como respondiente a un imperativo moral categórico la "ocupación" de que es objeto el Estado italiano por obra del centro-izquierda instalado, mandíbulas abiertas, alrededor de la mesa tendida por los estrategos de la D. C.

En virtud de una situación que se ha prolongado demasiado para que no se la pueda considerar como un hábito político permanente —un hábito que, por lo demás, no nació espontáneamente y que tiene, en Italia, tradiciones que arrancan de la misma Unidad— la Democracia Cristiana se ha vuelto en diez años esclava de su juego táctico hasta hacerse el instrumento ciego de izquierdas que pretendía anular con "instancias sociales" que los Fanfani y los La Pira siguen creyendo "audaces" por su sola formulación, mientras lo son únicamente en la medida en que van a la zaga de las que Togliatti y Nenni sacan con toda astucia del cómodo magisterio marxista. Con lo cual, no se quiere decir que las "instancias sociales" socialcomunistas sean realmente más audaces que las de la Piazza del Gesù, sino solamente que se revelan más eficaces, por obedecer al móvil que consiste en pedir siempre más de lo que es posible obtener en una situación dada de modo que esta situación siga en estado de permanente confusión. Tan es así que, incluso en los momentos de mayor tensión entre Democracia Cristiana y Partido Comunista —esto es, en 1947-1948— aquélla se encontró constantemente en la imposibilidad de ofrecer en el orden social y económico soluciones que no fueran la versión edulcorada —aunque siempre demagógica en sus conceptos— de las que Nenni y Togliatti preconizaban. Valga para demostrarlo la lamentable aplicación de la reforma agraria y el escandaloso funcionamiento de la *Cassa del Mezzogiorno.*

De este modo, las grandes ventajas prometidas en vísperas de las elecciones de 1948 por De Gasperi —eliminación rápida de las condiciones que habían permitido las afirmaciones anteriores del socialcomunismo y, por ende, anulación del mismo socialcomunismo—, lejos de haberse alcanzado en los años sucesivos, han sido reemplazadas por una pavorosa paralización del Estado italiano. En efecto, a pesar del triunfo electoral de 1948 —y el resultado se vió en 1953— el P. C. y el P. S. I. siguieron progresando y los problemas que los cerebros privilegiados de la D. C. habían pretendido resolver en un santiamén, con un optimismo desfachatado que pocas veces en la historia ha sido tan prontamente castigado, no hicieron más que agudizarse. Que, últimamente, las organizaciones sindicales controladas por los socialcomunistas hayan sufrido descalabros sensacionales, ello es innegable. Lo es igualmente, empero, que este hecho no se debe a la política clarividente de los señores Scelba, Fanfani y La Pira, sino —única y exclusivamente— al contragolpe de las complicaciones surgidas en Rusia a consecuencia de la desaparición de Stalin. La caída de Malenkov, reveladora del estado de

confusión que obliga al Kremlín a replegarse al interior de sus fronteras y a dejar de ejercer su presión en los países, que hasta la muerte del forajido de Tiflis, consideraba como presa inminente del comunismo en marcha, ha repercutido hondamente en organizaciones tan estrictamente controladas por Moscú como los P. C. de Francia y de Italia y sus filiales sindicales. Tan sólo a partir del 8 de febrero de 1955, los efectivos obreros del P. C. togliattiano han empezado a registrar un descenso peligroso. Se trata de una derrota del comunismo, ello es evidente, pero, en todo esto ¿dónde está el mérito de la Democracia Cristiana?

Contentémonos, para terminar, con una breve referencia a las repercusiones en el ámbito internacional de la hipoteca izquierdista cuyo peso en la base de la D. C., ni De Gasperi, ni Scelba, ni Gronchi, ni Segni, ni, menos aún, el ilustre corifeo de la *apertura a sinistra* prof. Amintore Fanfani, ni el "loco de Dios" prof. La Pira han intentado siquiera aligerar. Con tener presente que la colaboración D. C. — P. C. de los años 1944-1947 no ha dejado un solo instante de hacer sentir sus efectos en la política exterior italiana porque, incluso en los momentos de mayor adecuación de la "diplomacia" D. C. a los supuestos anticomunistas del Departamento de Estado, un fuerte sector de la agrupación se inclinó hacia las posturas neutralistas que mejor podían servir los designios de Togliatti y de Nenni, se subraya con bastante precisión la realidad de un peligro que, con hombres como Gronchi en la presidencia de la república y como Fanfani en la secretaría general del partido —hombres que ilustran cada uno a su manera, a menudo discordante en la táctica, pero bien concorde en la estrategia, la mentada tendencia— pone a la D. C. en condición de romper en la primera oportunidad "favorable" los compromisos atlánticos por ella firmados bajo la presión de la opinión pública. El sentido real de la "apertura hacia la izquierda" preconizada por Fanfani y por sus secuaces de la corriente *Iniziativa Democrática* no responde, por lo demás, a ninguna "instancia social" sinceramente alimentada, sino —solamente— al deseo de los fanfanianos de alinearse una vez más sobre la izquierda socialcomunista de modo a mantenerse a su altura en aquello que, con jerigonza exquisitamente post-hegeliana, esos cristianos de nuestro tiempo llaman "la gran corriente de la Historia".

Pero mientras es evidente que *Iniziativa Democratica* constituye la mayoría de la D. C. actualmente sentada en Montecitorio, no lo es menos que las clases medias en general, las diversas categorías de profesionales, una muy amplia porción de la mayoría monárquica existente en la Península, ya sea en las capas dirigentes del Norte, ya en el subproletariado meridional, constituyen a su vez, en términos aritméticos y fuera de toda agrupación organizada con vistas a la explotación electoral del territorio, un número de votos mucho má elevado que el que se expresa con dicha *Iniziativa*. Así, es fácil descubrir una sencilla verdad: *en Italia, existe una minoría que, en el país, es mayoría, y una mayoría que es, en el país, minoría.*

Tales son los efectos —altamente satisfactorios según no pocos sacristanes cuyos derechos jubilatorios son función directa de esta satisfacción— de diez años de administración D. C. basada, para empezar, en la alianza fraudulenta con el socialcomunismo; para continuar, en la organización por los mismos compañeros de epopeya del referéndum institucional fraguado, por el cual, en 1947, Italia "recibió" las instituciones republicanas que el 60% de los italianos rechazaba; y, para terminar, en la elaboración de la *legge-truffa*, o "ley-estafa", de 1953 que, al juzgar inesperadamente contra sus "inventores", dió la primera señal de un descenso debido, tanto como al asco de los mismos electores, a la ley de hierro de la moral conjugada con la razón.

Alberto Falcionelli

LAS DOS MANOS DEL KREMLIN

Tanto en la paz de la democracia como en la guerra del liberalismo; tanto en el desorden latente de las dictaduras como en el orden potencial de los Estados paternalistas, el Comunismo trabaja a dos manos, pues pertenece a su diabólica contextura dialéctica aquella tan acertada calificación de SS. Pío XI, ser "intrínsecamente perverso".

¿Por qué el Comunismo, cuya doctrina materialista, según Marx, y estrategia axiomática, según Lenin, que debe imponerse por leyes sociológicas evolucionistas, apela a la técnica de infiltración, a la penetración subrepticia, al mimetismo traidor, a la ilegalidad desquiciante y a la acción terrorista y criminal? ¿Por qué el Comunismo, con toda vesanía, muchas veces confiesa su propia y verdadera fibra caracterológica, incendiando países enteros con su fuerza apocalíptica, tal como España durante 1936/39, y otras se presenta con la máscara del cordero, del pobre desvalido, que sólo anhela tranquilidad y bienestar, solicitando a las autoridades de cualquier gobierno, inspirado en la buena fe de los hombres y las evangelizadoras premisas de una política social cristiana, su participación en la administración de la cosa pública?

Las preguntas se contestan con más de treinta y cinco años de ejercitación ideológica del Comunismo, primero con el Komintern, y ahora con el Kominform.

Basado en el absurdo de una filosofía materialista que desemboca en el imperio de la violencia y en el imperialismo de las concepciones estatales más totalitarias, el Comunismo bolchevique, —como acentúa Pío XI en su encíclica "Divini Redemptoris"— es "un sistema lleno de errores y sofismas, que contradice a la razón y a la revelación divina, subversivo en el orden social, porque equivale a la destrucción de sus bases fundamentales, desconocedor del verdadero origen de la naturaleza y del fin del Estado, negador de los derechos de la persona humana, de su dignidad y libertad."

¿Quiénes facilitan —o facilitaron— al Comunismo, este recorrido sinuoso pero fructífero para su cosecha infernal? El Pontífice ilustre a que aludíamos, lo sintetiza con sabios conceptos: el LIBERALISMO, que le preparó el camino con el abandono religioso y moral de las masas obreras, y la anárquica concepción de un sistema económico mezquino y expoliador de las grandes mayorías nacionales: la PROPAGANDA de sus engañosas promesas paradisíacas, en base al periodismo venal, hojas impresas, radio, escuelas y universidades, todo unido en sólido haz financiero, bien sustentado por el oro internacional de los aparatos secretos del sovietismo; la CONSPIRACIÓN DEL PERIODISMO MUNDIAL NO CATÓLICO que, so capa de mantener la bandera de la *veracidad informativa*, es manejado por "varias fuerzas ocultas, que desde hace tiempo tratan de destruir el orden social cristiano"; las CAMPAÑAS PRO LAICISMO, que llevan en su seno el germen de la disociación y el confusionismo, ya que se encañona a los pueblos con posiciones espirituales antievangélicas, cuyo fin es la propagación del ateísmo y la barbarie.

Tal es el montaje de la escenografía en que el comunismo opera, usando todos los dispositivos posibles, centrando su puntería sobre todas las áreas sociales y calibrando su artillería ideológica con todas las gamas de sus lemas demagógicos.

Decía Lenin, el más realista de todos los estrategos revolucionarios que hayan existido —para desgracia del género humano— que "no echar mano de todos los medios de lucha, equivale a correr el riesgo de sufrir una enorme derrota, a veces decisiva, si cambios independientes de nuestra voluntad en la situación de las otras clases ponen a la orden del día una forma de acción en la cual somos particularmente débiles. Si poseemos todos los medios de lucha, nuestro triunfo es seguro, puesto que representamos los intereses de la clase realmente avanzada, realmente revolucionaria, aún en el caso de que las circunstancias no nos permitan hacer uso del arma más peligrosa para el enemigo, del arma susceptible de asestar golpes rápidos y mortales. Los revolucionarios inexperimentados se imaginan a menudo que los medios legales de lucha son oportunistas, porque en este terreno (sobre todo en los períodos llamados *pacíficos*, en los períodos no revolucionarios), la burguesía ha embaucado con una frecuencia particular a los obreros, y que los procedimientos ilegales son revolucionarios." Y añade Lenin: "Los revolucionarios que no saben combinar las formas ilegales de lucha con *todas* las formas legales, son una malos revolucionarios. No es difícil ser revolucionario cuando ha estallado ya y se halla en su apogeo, cuando todos y cada uno se adhieren a la revolución por entusiasmo, por moda y a veces por interés personal y deseo de hacer carrera. Al proletariado le cuesta mucho, le produce duras penalidades, le origina verdaderos tormentos "deshacerse", después de la revolución, de estos revolucionarios. Es infinitamente más difícil —y muchísimo más meritorio— saber ser revolucionario cuando la situación *no permite todavía la lucha* franca, la verdadera lucha revolucionaria, saber defender los intereses de la revolución, (mediante la propaganda, la agitación, la organización) en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, entre unas masas incapaces de comprender de un modo inmediato la necesidad de un método revolucionario de acción."

Decimos todo esto —luego de los brevísimos antecedentes filosóficos-ideológicos del comunismo, que hemos expuesto más arriba— porque vivimos, en la nueva situación argentina, un ciclo histórico especial que necesita de toda prudencia volitiva, ponderación de juicio y justeza de carácter, para enfocar problemas en los que van implícitos, sobre una tangente abismal, los destinos de la patria.

Con Perón —el tirano del desorden y la mentira— el Comunismo llevó a cabo un plan de infiltración y penetración, en gobierno e instituciones, que le aseguró du-

PRESENCIA

Aparece el 2º y 4º viernes de cada mes

Dirección y Administración

Independencia 1194 T. E. 26 - 3265

Se imprime en casa de don Domingo E. Taladriz, San Juan 3875, Bs. Aires.

Precio del ejemplar .... $ 3.—

Suscripción anual .... $ 60.—

rante los tres últimos años el casi total dominio del Estado, Partido Peronista, Confederación General del Trabajo, Universidad, Prensa, Cine, Radio, etc. Dicho plan —muy bien digitado por Moscú a través de sus personeros aquí afincados— iba a epilogar en la creación del *Estado Sindical-Popular-Justicialista* (luego de una orgía de sangre en Octubre), del que serían sostén y fuerza ejecutiva de vastos programas de socialización de riquezas, tierras e industria, las *milicias obreras* que ya se habían comenzado a reclutar —en número de sesenta mil— para reemplazar en su respetada misión a las tradicionales Fuerzas Armadas. La persecución católica, incendio de Iglesias, ley de divorcio, quemazón de la Bandera, dictadura del "despotismo ilustrado" sobre el pensamiento católico, anticomunista y patricio, la proliferación de elementos internacionalmente conocidos como gestores de subversiones sociales, actuantes en la C.G.T., diarios oficialistas, ministerios, etc, fueron cuñas que el Comunismo fué introduciendo con éxito en el régimen depuesto. ¡A tanto había llegado la luna de miel Perón-Marxismo que hasta la URSS —a invitación del gobierno argentino— inauguró una Exposición de Industrias Soviéticas en Buenos Aires, que fué visitada por más de dos millones de personas, y fué montada y explicada por cincuenta y cuatro técnicos rusos, cuyos nombres denuncié en su oportunidad, con mi pseudónimo de guerra anticomunista, en una importante revista hispanoamericana!

Los cañonazos del 16 de septiembre, derrumbaron esa posibilidad de sovietización (o "guatemalización") de Argentina. Pero, el Comunismo, perfectamente elástico, moldeable y permeable a todos los cambios de terreno, al día siguiente de caer el Tirano y su tiranía de corruptos, incapaces y traidores (como todo lo que anida en las tiranías: pulgas, piojos y alacranes), dió un golpe de timón y se puso al lado de la *nueva causa*. De colaboracionista silencioso, submarino y con piloto automático, el Comunismo, en base a consignas recibidas con "control remoto", ofreció rápidamente su concurso a los hombres dirigentes del gobierno provisional, sosteniendo conferencias con el Ministro del Interior. De comunismo "pro-justicialista" se convirtió en comunismo "pro-septembrista". El oportunismo lenino-stalinista brilla, pues, en todo su esplendor, en estos días.

Ahora bien: ese comunismo, que tiene a las manos recursos ilimitados que le permiten publicar más de diez periódicos en menos de una semana (entre otros *Vocero*, *Propósitos*, *Nuestra Palabra*, *Juventud*, *Nuestras Mujeres*, *Tierra Nuestra*, etc.); que moviliza más de cien mil afiliados organizados en millares de células; que puede montar máquinas sindicales terroristas para copar y ocupar gremios en menos de veinticuatro horas; que de entrada nomás se posesiona de las Facultades por intermedio de organismos estudiantiles que manifiestan "no ser comunistas", pero imponen nombramientos de profesores marxistas y de "compañeros de ruta" en importantes establecimientos, dependientes del Ministerio de Educación (nos referimos a la FUBA, AUDAL, ASCUA); que con el remanido tema de vivar la "libertad" (¡oh, cuántos crímenes se cometen en su nombre!, como dijo alguien) y la "democracia" (*hoz*, con que a veces se degüella la verdadera Libertad, y *martillo*, con que se asesta golpe mortal a la auténtica Democracia) toma las calles por su cuenta y comienza a realizar *su gimnasia revolucionaria*.

¿Qué dice el ESTADO REVOLUCIONARIO a todo esto?

¿Es NEUTRAL, luego de haber expresado su Jefe, un General de la Nación, pundonoroso y católico, que el Comunismo no puede convivir en un clima verdaderamente democrático? ¿Es también partidario de la inexistente "TERCERA POSICIÓN" —que tanto hemos combatido— que llevó al Tirano cyranesco, que nos sepultó en la ignominia política, a coincidir con la línea comunista, en aras de un antiimperialismo "made in Moscú"? ¿O es que está presionado por esas "fuerzas ocultas" a que se refiere S.S. Pío XI en su magistral "Divini Redemptoris"?

Nosotros, que conocemos las dos manos del Comunismo, creemos que hay que ponerlas al descubierto, y cortárselas al Imperialismo que las maneja con los hilos invisibles de su maquiavélico plan subyugador y esclavizador de pueblos. No queda otra alternativa. Pasar por alto este peligroso puente hacia una futura anarquía, que traerá inevitablemente un baño de sangre inútil, es dar vigencia histórica a las frases de Lenin que hemos transcripto y que encierran un tétrico y catastrófico mensaje. Si la Revolución Libertadora no vigila y controla —separando de sus posiciones, tomadas en la rebatiña de la euforia "libertaria" a los filocomunistas, criptocomunistas, comunistoides, comunoides o comunardos, tendremos una España "azañista" que desembocará en el caos. Nuestra Patria no se merece tan aciago destino.

ALBERTO DANIEL FALERONI

TRIBUNA LIBRE

LA POLITICA

Como en el próximo número se ocupará PRESENCIA *del Plan Prebisch, advertimos que las opiniones sobre el mismo de nuestro colaborador A. Musich no compromete la opinión de esta publicación.* (N. de la D.).

1. LA LIBERTAD DE OPINIÓN: La libertad es uno de los medios más eficaces para defender los intereses de quienes la disfrutan. Pero para que esto suceda es imprescindible conocer, de modo cabal, cuál es el camino que conduce al mejor desarrollo del interés, sea social, político o económico.

El restablecimiento de la libertad de opinión en nuestro país —uno de los bienes efectivos que la Revolución del 16 de septiembre ha reintegrado a la ciudadanía— parece no haberse ganado plenamente en muchos sectores de la población. Cierto es que diez años de opresión han hecho olvidar el ejercicio de ese incuestionable derecho; pero particularmente, la gente de intereses económicos, fuertes y medianos, parece haberse deshabituado a hablar con franqueza o a plantear con decisión y energía las soluciones que reclaman sus problemas. Así es como dentro del campo económico y social hemos visto que el único sector que ha usado de la libertad de opinión con toda amplitud —quizá abusivamente en algunos casos— es el de los trabajadores con motivo de la discusión de sus conquistas sociales. En cambio los representantes de los demás intereses de la Nación no se han hecho oír, salvo muy tímidamente. Prueba de ellos se da en el caso de nuestra burguesía agropecuaria, industrial y comercial, que ha suspendido su juicio y sus peticiones sobre la situación hasta tanto se diera a publicidad el *informe Prebisch*. Mas ese temor, cautela o simple abstención no se ha traducido en ningún beneficio, pues el informe en cuestión nada ha agregado sobre el estado económico-financiero del país que no fuera conocido, especialmente por esa burguesía, con antelación. Al contrario, hemos recogido en algunos ambientes la impresión de vacío sobre ciertos tópicos que se esperaba fueran tratados con máxima precisión. Por ello es menester que esos sectores importantísimos se decidan a expresar el juicio que la actual situación les merece y hagan uso del postulado genuinamente republicano de peticionar a las autoridades. Del conocimiento de sus problemas y aspiraciones depende la conciliación de sus intereses con los de los demás sectores de la población, y sólo a través de la cual la tranquilidad pública será posible, así como también la prosperidad de todos que tanto anhelamos.

2. APUNTES SOBRE EL INFORME PREBISCH: a) *Omisión que ha provocado la alarma*: La lectura de algunos editoriales periodísticos nos induce a señalar que una omisión en que ha incurrido Prebisch ha brindado campo fértil a la prensa opositora del gobierno provisorio para desfigurar el sentido de las medidas económicas y financieras adoptadas recientemente por este último. Y lo que es particularmente importante es que dicha omisión ha permitido a esa prensa sembrar la alarma en la población en lo que respecta a un inevitable e inmediato encarecimiento de la vida.

Si tomamos como ejemplo la comercialización del trigo en el exterior, la omisión de Prebisch radica en lo siguiente: El prestigiado economista no señala con precisión las cuantiosas sumas de dinero que representa la diferencia entre el precio real de aquel cereal en el mercado internacional y el precio que el I.A.P.I. abonaba al agricultor durante el régimen depuesto. A pesar que consigna el enorme déficit arrojado por dicho Instituto como consecuencia de haber éste percibido del Estado un precio inferior al que pagó en los últimos años a los productores, y que debió ser enjugado con emisiones de moneda. Pero advertimos al lector que tomando la cotización actual de 5,90 dólares la fanega de trigo, resulta que el valor de ésta en el mercado mundial es de m$n. 147,50, naturalmente calculando —y por lo bajo— el valor real de dólar a m$n. 25. Ahora bien; si tenemos en cuenta que ese valor real de nuestro trigo en el exterior alcanzó hasta hace poco tiempo m$n. 180 y m$n. 200, nos parece legítimo preguntar a qué manos ha ido a parar esa enorme masa de dineros públicos debido al triple o al cuádruple del precio abonado por el gobierno al productor. Justamente contando con el cuantio-

Y SETIEMBRE ES DIBUJO

Y setiembre es dibujo en la dimensión de tu piel,
y modela en tus cejas dos plumas muy grises.
Tu mano, vanguardia de tu cuerpo,
se extiende en el sueño,
sobre el polvo y los huesos de un árbol;
ansiosa de otro espacio.
Una línea de aire y ¡despertaste!
en la latitud única del dolor.
Tu frente quebró el minuto.
¡Ya tiene esta tarde, pincel de eternidad!

MIGUEL A. BUSTOS

so déficit del I.A.P.I. y las ingentes emisiones que el Banco Central se vió en la necesidad de hacer para enjugarlo —datos aportados por Prebisch— es fatal suponer que gran parte de esa enorme masa de dinero tuvo como beneficiarios exclusivos a muy escaso número de exportadores que gozaron, como es sabido, del favor excepcional de los gobernantes depuestos y que no fueron sino personeros de los mismos.

Nos inquieta, ahora, que el señor Prebisch no hubiera aclarado la reforma del sistema adoptado en la materia por el Gobierno provisorio sobre la base, sin duda, de su Consejo. En efecto, la elevación del tipo de cambio a m$n. 18 el dólar, que se admite no ser el valor real de éste), hará que al precio de 5,90 dólares el quintal de trigo el Estado pague al agricultor m$n. 106,20. De esta última cifra el Estado podrá deducir hasta el 25 % (= m$n. 4,50 por dólar) para cubrir gastos de comercialización del producto y el remanente se destinará al Fondo de Restablecimiento Económico Nacional; es decir que el Estado puede llegar a pagar al productor m$n. 79,50 la fanega si descuenta del precio de m$n. 106,20 el máximo del porcentaje. Pero resta saber qué destino se dará a la diferencia entre el precio oficial de m$n. 106,20 y el precio real en el mercado internacional, actualmente m$n. 147,50 (= 5,90 por 25).

Y bien; esa diferencia no aclarada con relación al consumo exterior y embolsada por las autoridades depuestas en su mayor parte, es lo que permite a la prensa opositora hablar del alza inmediata del costo de vida. Nos atrevemos a anunciar que del destino y aplicación de esa diferencia depende que la gran parte de los productos de importación suban o no, como también de ello depende que incida en el alza general del costo de la vida. La solución más a la vista es que el Estado aplique esos recursos a mantener, y aún a disminuir, el precio de los productos de importación que insume nuestra industria o consume nuestra población, sea directamente o elaborados en el país. Es menester poner a las claras y de una vez por todas que el dólar a m$n. 18 y aún a m$n. 25 es barato actualmente, pues el consumidor nacional ha estado pagando el dólar en moneda de consumo —valga la expresión— en la mayoría de los casos a tres, cuatro y cinco veces más su valor y aún, en el exhorbitante caso de los automóviles, a más de m$n. 230.

b) *Yerro de Prebisch en cuanto a la adquisición de los ferrocarriles.* El Dr. Prebisch dice en su informe: "...Si se exceptúa el caso de "los ferrocarriles, en que la acu"mulación de libras bloqueadas "permitió realizar una vieja aspi"ración nacional (alude a su ad"quisición)...". Ello no fué así. El saldo argentino en libras bloqueadas en Londres, acumulado por la exportación al Reino Unido durante la guerra, ascendía a 150 millones de libras (aproximadamente m$n. 2.000.000.000) saldo equivalente al valor que se estipuló el precio de los ferrocarriles británicos (150.000.000 de libras). Como se ve, y como lo quiere el Dr. Prebisch en su informe, hubiera bastado con una simple compensación para que los ferrocarriles fueran nuestros aún al precio excesivo fijado (El propio presidente del Bco. Central los había avaluado en m$n. 1.000 millones). Sin embargo no ocurrió así. "...La forma en que "se hizo el pago de los 150.000.000 "de libras determinó un emprés"tito velado. La memoria del Ban"co Central especifica (113, pág. "46): «de conformidad con los "términos del convenio de com"praventa de los ferrocarriles de "capital británico, el 1º de marzo "tuvo lugar su adquisición en 150 "millones de libras por el gobier"no nacional. Para el pago se uti"lizaron los 110.000.000 de libras "que el Reino Unido entregó por "adelantado y además 40 millones "de nuestras tenencias en ese país... "Las divisas acumuladas durante "la guerra se habían esfumado, y "los ferrocarriles fueron pagados "con un empréstito de corto pla"zo que se cubrió con el produci"do de la comercialización en ma"sa de nuestro excedente exporta"ble (el de 1948) al cual se fijó "un precio global mientras que el "Reino Unido podía regatear por "su mercadería, que en un prin"cipio obtuvo el régimen preferen"cial y una cláusula de la Nación "más favorecida en detrimento de "la producción industrial argenti"na..." (Liceaga, "Las carnes en la Economía Argentina", Raigal, p. 260/1). A más, el *empréstito* de las 110 millones de libras redituó al gobierno inglés, según el convenio, el 1/2 % de interés (art. 4º del anexo al Convenio Bramuglia-Eddy). (Conf.: González Alberdi, "Por qué está en crisis la economía argentina", Anteo, 1949, p. 86, 87, 91 y 92; y Diario de sesiones de la Cám. Dip. 1949, p. 2680, 2682, 2690, 2691 y 2704). Como se ve queda desvirtuado así la tan declamada independencia económica del gobierno peronista.

c) *Un origen, olvidado por Prebisch, de la inflación*: Dice Prebisch en su informe: "...La infla"ción argentina tiene *un doble* "*origen*. Por un lado, los aumen"tos masivos de sueldos y salarios, "no acompañados de aumentos de "productividad. Por otro lado, la "expansión del crédito bancario "para cubrir el déficit en las ope"raciones de productos agropecua"rios (...) el déficit de transpor"tes (...) y las operaciones hi"potecarias (...)...".

El Dr. Prebisch ha querido olvidar otro origen importantísimo de nuestra inflación, a saber. Durante la discusión legislativa del Convenio comercial con el Reino Unido del año 1949, el diputado Frondizi dijo: "...Pensamos que toda esa política "de inflación, toda esa política eco"nómica desarrollada dentro del "país en relación a las exportacio"nes al Reino Unido, no sólo pro"duce un proceso de inflación, sino "de descapitalización... voy a leer "palabras pronunciadas por el ac"tual embajador argentino en los "Estados Unidos, señor Remorino: "«Nuestras entregas a Gran Breta"ña fueron efectuadas de acuerdo "con condiciones desastrosas para "nuestra economía, y esto se justifi"caba debido a nuestra *desintere*"*sada* ayuda para ganar la gue"rra. *Nuestras entregas de carnes* "*a los precios de preguerra, paga*"*das con fondos bloqueados, produ*"*jeron una inflación que tuvimos* "*que absorber exclusivamente*... "*ello ha significado pérdidas para* "*mi país de aproximadamente* "2.500.000.000 *de pesos*» (v. *La* "*Nación*, 19-XII-49)...". Y agregó el diputado Frondizi: "...Este con"cepto económico ha sido incluso "recogido por técnicos del Banco "Central cuando en alguna opor"tunidad dijeron lo siguiente: El "país para cumplir sus envíos de "carne a Gran Bretaña, ha estado "descapitalizándose, cosa que sigue "ocurriendo actualmente. Aparte "eso, *son incalculables los perjui*"*cios que el país ha sufrido como* "*consecuencia de la inflación pro*"*ducida por la emisión equivalen*"*te a las libras bloqueadas en* "*Gran Bretaña*...". (Diar. Ses. cit. p. 2673/4). Por si esto no fuera suficiente, el Ministro de Finanzas, Dr. Roberto Ares, refiriéndose al informe del Banco Central aludido por Frondizi, dijo: "...La "cita que acaba de leer el señor "diputado es exacta. Deseo mani"festar al señor diputado que *esa* "*inflación provocada por la emi*"*sión de numerario respaldada con* "*las libras bloqueadas, fué un he*"*cho que se realizó a pesar de* "*Inglaterra. Gran Bretaña no es*"*taba, en ese momento, en condi*"*ciones de pagar.* Eso era eviden"te..." (Diar. Ses. cit. p. 2674). En cambio lo que nos parece evidente a nosotros es que el gobierno argentino no estaba dispuesto a *cobrar*, pues hubiera sido muy sencillo realizar la compensación del saldo bloqueado (150 millones de libras) con el precio fijado a los ferrocarriles (150 millones de libras).

3. Funcionarismo y democracia. El nuevo impulso que las autoridades revolucionarias han querido dar al sentido democrático de nuestra vida política parece no andar por los mejores cauces. Si la democracia y el republicanismo entrañan la libre discusión de los problemas públicos con la máxima responsabilidad e inteligencia cívicas de quienes han anhelado protagonizarlas con tanta ansiedad, es evidente que ellos no pueden ser confundidas con la empleomanía. Comenzamos a notar este mal, tan argentino, que consiste en que a cambio de llevar los grandes temas políticos, económicos y sociales, al debate público se ha vuelto a despertar el apetito de resolverlos desde el seno del gobierno. Y como éste es el resultado del esfuerzo de muy diversos sectores de la ciudadanía, comenzamos a ver que las distintas tendencias, a cambio de estar afuera del gobierno para no restarle unidad y para asesorarlo e influirlo con la libertad y la perspectiva que brinda el hecho de enjuiciarlo desde una posición distante, se están gestando en su propio seno. Los primeros a quienes cumple llamar la atención sobre este fenómeno son las mismas autoridades; pero la ciudadanía debe también comprender que las funciones públicas no pueden alojar a todos los habitantes y, por el contrario, disponerse a prestarle su concurso fuera de él, mas con toda resolución.

Arnaldo Musich

SUMARIO

 — *En nuestro próximo número nos ocuparemos del Plan Prebisch y de la actual política económica.*